

DOSSIER LITERARIO



HONORÉ DE BALZAC 2024

1	EL ELIXIR DE LA LARGA VIDA	2
	Versión original: <i>L'Élixir de longue vie</i>	3
2	LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA	5
	Versión original: <i>Le chef-d'oeuvre inconnu</i>	6
3	EL CORONEL CHABERT	7
	Versión original: <i>Le colonel Chabert</i>	8
4	EUGENIA GRANDET	9
	Versión original: <i>Eugénie Grandet</i>	10
5	LA MISA DEL ATEO	11
	Versión original: <i>La Messe de l'athée</i>	12

1. EL ELIXIR DE LA LARGA VIDA

«Tomó un paño y, después de haberlo empapado con parsimonia en el precioso licor, lo pasó lentamente sobre el párpado derecho del cadáver. El ojo se abrió.

— ¡Ah! ¡Ah! -dijo don Juan apretando el frasco en su mano como se agarra en sueños la rama de la que colgamos sobre un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto, donde la luz temblaba en un joven fluido, y, protegida por hermosas pestañas negras, brillaba como ese único resplandor que el viajero percibe en un campo desierto en las noches de invierno. Aquel ojo resplandeciente parecía querer arrojarse sobre don Juan, pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, gritaba, mordía. Todas las pasiones humanas se agitaban en él. Eran las más tiernas súplicas: la cólera de un rey, luego, el amor de una joven pidiendo gracia a sus verdugos; la mirada que lanza un hombre a los hombres al subir el último escalón del patíbulo. Tanta vida estallaba en aquel fragmento de vida, que don Juan retrocedió espantado, paseó por la habitación sin atreverse a mirar aquel ojo, que veía de nuevo en el suelo, en los tapices. La estancia estaba sembrada de puntos llenos de fuego, de vida, de inteligencia. Por todas partes brillaban ojos que ladraban a su alrededor.

— ¡Bien podría haber vivido cien años! -exclamó sin querer cuando, llevado ante su padre por una fuerza diabólica, contemplaba aquella chispa luminosa.

De repente, aquel párpado inteligente se cerró y volvió a abrirse bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiera gritado: «¡Sí!», don Juan no se hubiera asustado más.

«¿Qué hacer?», pensaba. Tuvo el valor de intentar cerrar aquel párpado blanco. Sus esfuerzos fueron vanos.

— ¿Reventarlo? ¿Sería acaso un parricidio? — se preguntaba.

— Sí — dijo el ojo con un guiño de una sorprendente ironía.

— ¡Ja! Ja! ¡Aquí hay brujería! -exclamó don Juan, y se acercó al ojo para reventarlo. Una lágrima rodó por las mejillas hundidas del cadáver, y cayó en la mano de Belvídero—. ¡Está ardiendo! — gritó sentándose.»

(Honoré de Balzac. «El elixir de la larga vida». [1903]. Trad. Joaquín García Bravo)

Versión original

L'ÉLIXIR DE LONGUE VIE

“Il prit un linge, et, après l'avoir parcimonieusement mouillé dans la précieuse liqueur, il le passa légèrement sur la paupière droite du cadavre.
L'œil s'ouvrit.

— Ah ! ah! dit don Juan, en pressant le flacon dans sa main, comme nous serrons, en rêvant, la branche à laquelle nous sommes suspendus au-dessus d'un précipice.

Il voyait un œil plein de vie, un œil d'enfant dans une tête de mort. La lumière y tremblait au milieu d'un pur, d'un jeune fluide ; et, protégée par de beaux cils noirs, elle scintillait pareille à ces lueurs uniques que le voyageur aperçoit dans une campagne déserte, par les soirs d'hiver. — Cet œil flamboyant paraissait vouloir s'élancer sur don Juan ; et il pensait, accusait, condamnait, menaçait, jugeait, parlait, il criait, il mordait. Toutes les passions humaines s'y agitaient : c'étaient les supplications les plus tendres ; puis une colère de roi; l'amour d'une jeune fille demandant grâce à ses bourreaux; et le regard profond que jette un homme sur les hommes en gravissant la dernière marche de l'échafaud. Il y avait enfin tant de vie dans ce fragment de vie, que don Juan épouvanté recula. Il se promena par la chambre, n'osant plus regarder cet œil, mais il le revoyait sur les planchers, sur les tapisseries, partout. La chambre était parsemée de pointes de feu, de vie, d'intelligence... Toujours des yeux qui aboyaient après lui !

— Il aurait bien revécu cent ans !... s'écria-t-il involontairement, au moment où, ramené devant son père par une influence diabolique, il contemplait cette étincelle lumineuse.

Tout à coup la paupière intelligente se ferma et se rouvrit brusquement, comme celle d'une femme qui consent.

Une voix aurait crié : « Oui ! » don Juan n'aurait pas été plus effrayé.

— Que faire ?... pensa-t-il.

Il eut le courage d'essayer de clore cette paupière blanche ; mais tous ses efforts furent inutiles.

— Le crever ?... Ce sera peut-être un parricide !...

— Oui !... dit l'œil par un clignotement d'une étonnante ironie.

— Ah ! Ah ! s'écria don Juan, il y a de la sorcellerie là-dedans !...

Et il s'approcha de l'œil pour l'écraser.

Une grosse larme roula sur les joues creuses du cadavre ; et, de là, sur la main de Belvidéro.

— Elle est brûlante !... s'écria-t-il.

Alors il s'assit. Cette lutte l'avait fatigué comme s'il avait combattu, à l'exemple de Jacob, contre un ange. Enfin il se leva en se disant :

— Pourvu qu'il n'y ait pas de sang !

Puis, rassemblant tout ce qu'il faut de courage pour être lâche, il écrasa l'œil, en le foulant avec un linge, mais sans le regarder.

Un grand gémissement sortit, plaintif, terrible. — Le pauvre barbet expirait en hurlant.

— Serait-il dans le secret ?... se demanda don Juan, en regardant le fidèle animal.

(Honoré de Balzac. « L'élixir de longue vie ». *Revue de Paris*. T. 19, 1830, p. 193-195)

2. LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA

«Mientras hablaba, el insólito anciano tocaba todas las partes del cuadro: aquí dos toques de pincel, allí uno sólo, pero siempre tan acertados que diríase una nueva pintura, una pintura inundada de luz. Trabajaba con un ardor tan apasionado que el sudor perlaba su frente despejada; se movía con tal rapidez, con pequeños movimientos tan impacientes, tan bruscos, que al joven Poussin le parecía que hubiera en el cuerpo del estrambótico personaje un demonio que actuaba a través de sus manos, asiéndolas mágicamente, contra su voluntad. El brillo sobrenatural de los ojos y las convulsiones que parecían el efecto de una resistencia interior, conferían a esta idea una apariencia de verdad que debía de influir en la imaginación del joven. El anciano iba diciendo: —¡Paf, paf, paf! ¡Así es cómo esto se emplasta, joven! ¡Vengan, mis pequeños toques, hagan enrojecer este tono glacial! ¡Vamos a ello! ¡pom!, ¡pom!, ¡pom! —decía, dando calor a las partes en las que había notado una falta de vida, haciendo desaparecer, por medio de algunas capas de color, las diferencias de temperamento y restableciendo así la unidad de tono que requería una ardiente Egipciaca.

—Ves, muchacho, sólo importa la última pincelada. Porbus ha dado cien; yo, sólo una. Nadie sabe lo que hay debajo. ¡Tenlo bien en cuenta!»

(Honoré de Balzac. *La obra maestra desconocida*. (Trad. Manuel Dávila. México DF: Océano Expres, 2014)

Versión original

LE CHEF-D'OEUVRE INCONNU

Tout en parlant, l'étrange vieillard touchait à toutes les parties du tableau : ici deux coups de pinceau, là un seul, mais toujours si à propos qu'on aurait dit une nouvelle peinture, mais une peinture trempée de lumière. Il travaillait avec une ardeur si passionnée que la sueur se perla sur son front dépouillé ; il allait si rapidement par de petits mouvements si impatients, si saccadés, que pour le jeune Poussin il semblait qu'il y eût dans le corps de ce bizarre personnage un démon qui agissait par ses mains en les prenant fantastiquement contre le gré de l'homme. L'éclat surnaturel des yeux, les convulsions qui semblaient l'effet d'une résistance donnaient à cette idée un semblant de vérité qui devait agir sur une jeune imagination. Le vieillard allait disant :

– Paf, paf, paf ! Voilà comment cela se beurre, jeune homme ! Venez, mes petites touches, faites-moi roussir ce ton glacial ! Allons donc ! Pon ! pon ! pon ! disait-il en réchauffant les parties où il avait signalé un défaut de vie, en faisant disparaître par quelques plaques de couleur les différences de tempérament, et rétablissant l'unité de ton que voulait une ardente Égyptienne.

– Vois-tu, petit, il n'y a que le dernier coup de pinceau qui compte. Porbus en a donné cent, moi je n'en donne qu'un. Personne ne nous sait gré de ce qui est dessous. Sache bien cela !

(Honoré de Balzac. « Le chef-d'oeuvre inconnu (Conte fantastique) ». *L'Artiste : Journal de la Littérature et des Beaux-Arts*. Paris. T. 1 : "Maître Frenhofer", 1831, p. 319-323 ; T. 2 : "Catherine Lescault", 1831, p. 7-10)

3. EL CORONEL CHABERT

«Un médico, un novelista, un magistrado, hubiesen presentido todo un drama al aspecto de aquel sublime horror, cuyo menor mérito era el de asemejarse a esas fantasías que los pintores se entretienen en dibujar en los bordes de sus piedras litográficas mientras conversan con sus amigos.

Al ver al procurador, el desconocido se estremeció con un movimiento convulsivo semejante al que sobrecoge a los poetas cuando un ruido inesperado viene a sacarles de una meditación fecunda, en medio del silencio de la noche. El anciano se descubrió rápidamente y se levantó para saludar al joven; pero, estando sin duda muy grasiento el cuero que protegía el interior de su sombrero, se quedó a él pegada su peluca, sin que él se diese cuenta, y dejó al desnudo un cráneo horriblemente mutilado por una cicatriz transversal que comenzaba en el occipucio y venía a morir en el ojo derecho, formando en toda su extensión un grueso costurón en relieve. El alzamiento repentino de aquella sucia peluca, que el pobre hombre llevaba para ocultar su herida, no provocó deseo alguno de reír en los dos hombres de leyes, pues hasta tal punto era espantoso de ver aquel cráneo partido. El primer pensamiento que sugería el aspecto de aquella herida era éste: «¡Por ahí se le ha ido la inteligencia!».

– ¡Si no es el coronel Chabert, debe ser un valiente soldado! -pensó Boucard.

– Señor le dijo Derville—, ¿a quién tengo el honor de hablar?

– Al coronel Chabert.

–¿A cuál?

– Al que murió en Eylau -respondió el anciano.

Al oír aquella extravagante frase, el pasante y el procurador se cambiaron una mirada con la que parecían decirse: «¡Es un loco!».

– Señor – prosiguió el coronel—, desearía no confiar sino a vos el secreto de mi situación.»

(H. de Balzac. “El coronel Chabert”, en *La comedia humana: escenas de la vida privada*. Vol IV. Paracuellos del Jarama: Hermida, 2016. p. 20-21. Trad. María Teresa Gallego Urrutia)

Versión original

LE COLONEL CHABERT

« Un médecin, un auteur, un magistrat eussent pressenti tout un drame à l'aspect de cette sublime horreur dont le moindre mérite était de ressembler à ces fantaisies que les peintres s'amuse à dessiner au bas de leurs pierres lithographiques en causant avec leurs amis.

En voyant l'avoué, l'inconnu tressaillit par un mouvement convulsif semblable à celui qui échappe aux poètes quand un bruit inattendu vient les détourner d'une féconde rêverie, au milieu du silence et de la nuit. Le vieillard se découvrit promptement et se leva pour saluer le jeune homme; le cuir qui garnissait l'intérieur de son chapeau étant sans doute fort gras, sa perruque y resta collée sans qu'il s'en aperçût, et laissa voir à nu son crâne horriblement mutilé par une cicatrice transversale qui prenait à l'occiput et venait mourir à l'œil droit, en formant partout une grosse couture saillante. L'enlèvement soudain de cette perruque sale, que le pauvre homme portait pour cacher sa blessure, ne donna nulle envie de rire aux deux gens de loi, tant ce crâne fendu était épouvantable à voir. La première pensée que suggérait l'aspect de cette blessure était celle-ci:

- Par-là s'est enfuie l'intelligence!
- Si ce n'est pas le colonel Chabert, ce doit être un fier troupier ! pensa Boucard.
- Monsieur, lui dit Derville, à qui ai-je l'honneur de parler?
- Au colonel Chabert.
- Lequel?
- Celui qui est mort à Eylau, répondit le vieillard.

En entendant cette singulière phrase, le clerc et l'avoué se jetèrent un regard qui signifiait: — C'est un fou!

— Monsieur, reprit le colonel, je désirerais ne confier qu'à vous le secret de ma situation. »

(Honoré de Balzac. « Le colonel Chambert ». Primer título: « Transaction ». *L'Artiste: Journal de la Littérature et des Beaux-Arts*. Paris, 1832, p. 30)

4. EUGENIA GRANDET

«La joven no tardó en presentarse, después de haber tranquilizado á su madre.

—Hija mía—exclamó Grandet—, va usted á decidme dónde está su tesoro.

—Padre mío, si me ha de hacer usted regalos de los cuales no puedo disponer, ya puede guardárselos—respondió fríamente Eugenia cogiendo el napoleón de la chimenea y entregándoselo.

Grandet se apresuró á coger la moneda que guardó en su bolsillo.

—Ten la seguridad de que nunca te daré nada, ¡ni esto!—dijo haciendo sonar la uña de su pulgar contra los incisivos—. ¿De modo que desprecia usted á su padre, no tiene usted confianza en él? ¿Sabe usted lo que es un padre? O lo es todo para usted ó no es nada. ¿Dónde está el oro?

—Papá, yo le amo y respeto, á pesar de su cólera; pero le advierto humildemente que tengo veintidós años, y usted me ha repetido muchas veces que soy mayor de edad para que yo lo sepa. He hecho de mi dinero lo que he querido, y tenga usted la seguridad de que está bien colocado.

—¿En dónde?

—Es un secreto inviolable. ¿No tiene usted también sus secretos?

—¿No soy el jefe de la familia? ¿No puedo tener mis negocios?

—Pues yo también tengo el mío.

—Pero debe ser muy ruin cuando no quiere usted decírselo á su padre, señorita Grandet.

—Es excelente; pero no puedo decírselo a mi padre.

—Dígame usted, al menos, cuándo ha dado su oro.

Eugenia hizo con la cabeza un signo negativo.

—¿Lo tenía usted el día de su cumpleaños?

Eugenia, que se había vuelto tan astuta por amor como su padre por avaricia, repitió el mismo signo negativo con la cabeza.

—¡Habrás visto jamás semejante terquedad y semejante robo!—dijo Grandet con voz que fué «en crescendo» é hizo retumbar la casa—. ¡Cómo! Aquí, en mi

propia casa, en mi casa, ¿habrá quién haya cogido tu oro, el único que había en ella, y no he de saber yo quién es? El oro es una cosa muy cara. Las muchachas más honradas pueden cometer faltas, dar cualquier cosa: eso se ve lo mismo en las casas de los grandes señores que en la de los pobres; pero ¡dar oro! porque usted lo ha dada á alguno, ¿eh?

Eugenia permaneció impasible.

— ¡Habrás visto muchacha semejante! ¿Soy ó no tu padre? Si lo ha colocado usted en algún sitio, tendrá un recibo.

— ¿Era yo libre ó no de hacer de él lo que me diese la gana? ¿Era mío ó no?

— Tu eres una chiquilla.

— Sí, pero mayor de edad.

Aturdido por la lógica de su hija, Grandet palideció, pataleó y juró, acabando por decir:

— ¡Maldita serpiente de hija! ¡Ah, mala hierba! como sabes que te quiero, abusas de mí y atragantas á tu padre. ¡Voto á...!»

(Honore de Balzac. "Eugenia Grandet". Bogotá: La Oveja Negra, 1982, p. 165-166. Trad.: M. Laín Martínez)

Versión original

EUGÉNIE GRANDET

Elle ne tarda pas à venir, après avoir rassuré sa mère.

— Ma fille, lui dit Grandet, vous allez me dire où est votre trésor.

— Mon père, répondit froidement Eugénie en cherchant le napoléon sur la cheminée et le lui présentant, si vous me faites des présents dont je ne sois pas entièrement maîtresse, reprenez-les.

Grandet saisit vivement le napoléon et le coula dans son gousset.

— Je crois bien que je ne te donnerai plus rien. Pas seulement ça ! dit-il en faisant claquer l'ongle de son pouce sous sa maîtresse dent. Vous méprisez donc votre père, vous n'avez donc pas confiance en lui, vous ne savez donc pas ce que c'est qu'un père. S'il n'est pas tout pour vous, il n'est rien. Où est votre or ?

— Mon père, je vous aime et vous respecte, malgré votre colère; mais je vous ferai fort humblement observer que j'ai vingt-trois ans. Vous m'avez assez souvent dit que je suis majeure, pour que je le sache. J'ai fait de mon argent ce qu'il m'a plu d'en faire, et soyez sûr qu'il est bien placé...

— Où ?

— C'est un secret qui est inviolable, dit-elle. N'avez-vous pas vos secrets !

— Ne suis-je pas le chef de ma famille, ne puis-je avoir mes affaires

— C'est aussi mon affaire.

— Cette affaire doit être mauvaise, si vous ne pouvez pas la dire à votre père, mademoiselle Grandet.

— Elle est excellente, et je ne puis pas la dire à mon père.

— Au moins, quand avez-vous donné votre or ?

Eugénie fit un signe de tête négatif.

— Vous l'aviez encore le jour de votre fête, hein.

Eugénie, devenue aussi rusée par amour que son père l'était par avarice, réitéra le même signe de tête.

— Mais l'on n'a jamais vu pareil entêtement, ni vol pareil, dit Grandet d'une voix qui alla *crescendo* et qui fit graduellement retentir la maison. Comment ici, dans ma propre maison, chez moi, quelqu'un aura pris ton or ! le seul or qu'il y avait ! et je ne saurai pas qui ! L'or est une chose chère. Les plus honnêtes filles peuvent faire des fautes, donner je ne sais quoi, cela se voit chez les grands seigneurs et même chez les bourgeois, mais donner de l'or, car vous l'avez donné à quelqu'un, hein ? — Eugénie fut impassible. — A-t-on vu pareille fille ! Est-ce moi qui suis votre père ? Si vous l'avez placé, vous en avez un reçu...

— Étais-je libre, oui ou non, d'en faire ce que bon me semblait ? Était-ce à moi ?

— Mais tu es un enfant.

— Majeure.

Abasourdi par la logique de sa fille, Grandet pâlit, trépigna, jura; puis trouvant enfin des paroles, il cria: — Maudit serpent de fille ! ah ! mauvaise graine, tu sais bien que je t'aime, et tu en abuses. Elle égorge son père !

(Honoré de Balzac. *Eugénie Grandet*. Paris: Carpentier, 1839 [1833], p. 248-250)

5. LA MISA DEL ATEO

Un día, al atravesar la plaza de Saint-Sulpice, Bianchon vio a su maestro entrando en la iglesia hacia las nueve de la mañana. Desplein, que no daba entonces un paso sin su cabriolé, iba a pie y se deslizaba por la puerta de la calle del Petit-Lion como si hubiera entrado en una casa sospechosa. Lleno, naturalmente, de curiosidad, el interno, que conocía las opiniones de su maestro y que era cabanista como el dyablo, así, con y griega (lo que en Rabelais parece una superioridad en la diablería), Bianchon entró en Saint-Sulpice, y no se quedó mediocrementemente sorprendido al ver al gran Desplein, aquel ateo sin piedad para con los ángeles, que no ofrecen agarre al bisturí y que no pueden tener ni fístulas ni gastritis; en definitiva, a aquel intrépido burlón, humildemente arrodillado, y ¿dónde?... en la capilla de la Virgen, ante la cual oyó una misa, dio para los gastos del culto, dio para los pobres, permaneciendo tan serio como si se tratase de una operación.

«No hay duda, de que no había venido a aclarar cuestiones relativas al parto de la Virgen — se decía Bianchon cuyo asombro no tuvo límites. Si le hubiera visto llevando, en la fiesta del Corpus, uno de los cordones del palio, habría sido sólo motivo de risa; pero a aquella hora, solo, sin testigos, sin duda ¡daba que pensar!»

(Honore de Balzac. “La misa del ateo”, en: *Cuentos completos de la Comedia Humana*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma, 2014. Trad. Mauro Armiño)

Versión original

LA MESSE DE L'ATHÉE

« Un jour, en traversant la place Saint-Sulpice, Bianchon aperçut son maître entrant dans l'église vers neuf heures du matin. Desplein, qui ne faisait jamais alors un pas sans son cabriolet, était à pied, et se coulait par la porte de la rue du Petit-Lion, comme s'il fût entré dans une maison suspecte. Naturellement pris de curiosité, l'interne qui connaissait les opinions de son maître, et qui était *Cabaniste* en dyable par un y grec (ce qui semble dans Rabelais une supériorité de diablerie), Bianchon se glissa dans Saint-Sulpice, et ne fut pas médiocrement étonné de voir le grand Desplein, cet athée sans pitié pour les anges qui n'offrent point prise aux bistouris, et ne peuvent avoir ni fistules ni gastrites, enfin, cet intrépide *dériseur*, humblement agenouillé, et où ? ... à la chapelle de la Vierge devant laquelle il écouta une messe, donna pour les frais du culte, donna pour les pauvres, en restant sérieux comme s'il se fût agi d'une opération.

— Il ne venait, certes, pas éclaircir des questions relatives à l'accouchement de la Vierge, disait Bianchon dont l'étonnement fut sans bornes. Si je l'avais vu tenant, à la Fête-Dieu, un des cordons du dais, il n'y aurait eu qu'à rire ; mais à cette heure, seul, sans témoins, il y a, certes, de quoi faire penser !»

(Honoré de Balzac. "La Messe de l'athée". *La Chronique de Paris*. 3, janvier 1836)